

DC256

L3

V-3

HISTORIA

DE LA RESTAURACION

LIBRO VEINTE Y OCHO



BIBLIOTECA

HISTORIA

DE LA RESTAURACION.

LIBRO VEINTE Y OCHO.

Veinte y cuatro de junio.—Nómbrese á Fouché presidente de la comision de gobierno.—Formacion del nuevo ministerio.—Politica de Fouché.—Manuel.—Sesion de la Cámara de los representantes.—Adóptase en ella la mocion de Manuel.—25 de junio.—Parte el emperador de Paris.—Dirigese á la Malmaison.—Su proclama de despedida al ejército.—Se envian cinco plenipotenciarios para negociar la paz.—Entrevista de Fouché y de Mr. de Vitrolles.—Entrevista de Napoleon y de Benjamin Constant.—Consejos de los amigos de Napoleon para elegir el lugar de su destierro.—Adopta la América.—Le vigila la comision de gobierno.—Oposicion provisional de la comision á la partida de Napoleon.—Estancia en la Malmaison.—Instancias de la comision á Napoleon.—Le da pasaporte.—Napoleon le rehusa.—Proposicion de Excelmans á Napoleon.—Llegada de los aliados á Compiègne.—Propone Napoleon ponerse al frente del ejército.—Rehúsalo la comision de gobierno.—Encuentro de Mr. Flahaut y de Davout.—Napoleon y Maret.—Situacion critica de Napoleon.—Su partida de la Malmaison.—Su despedida.—Su viaje.—Su detencion en Rambouillet.—Sus esperanzas.—Insinuaciones de Excelmans á Daumesnil.—Pasa Napoleon por Chateaudun, Tours y Poitiers.—Tumulto de Saint-Maixen.—Llega á Niort.—Aclamaciones del pueblo.—Llega á Rochefort el 3 de julio.—Renueva Napoleon su proposicion á la comision de gobierno.—Diversos consejos para la fuga de Napoleon.—Su vacilacion.—Respuesta de la comision de gobierno á su proposicion.—Embárcase Napoleon el 8 de julio en la fragata *la Saale*.—Aléjase de Rochefort.—Visita la isla de Aix.—Entrevista de Mr. de Las-Cases con el capitán Matland á bordo del *Belerofonte*.—El ca-



pitan de la *Medusa* propone forzar la linea del crucero inglés.—Repulsa de Napoleon.—Desembarca en la isla de Aix.—Su indecision.—Repulsa de la proposicion del capitán Baudin.—Unos alféreces de navio se ofrecen á conducirlo á América.—Napoleon acepta.—Parte.—Es retenido por su comitiva.—Segunda entrevista de Las-Cases, Rovigo y Lallemand con el capitán Maitland.—Deliberacion sobre su partida.—Napoleon se decide á partir en el *Belerofonte*.—Su carta al príncipe regente de Inglaterra.—Sus instrucciones á Gourgaud.—Partida de Gourgaud y de Las-Cases para Inglaterra.—Auséntase Napoleon de la isla de Aix.—Su despedida de Becker.—Embarcarse en el *Belerofonte*.—Recibe la visita del almirante Hotham.—Ancla el *Belerofonte* ante Torbay.—Unese Gourgaud.—Se hace á la vela y entra en la rada de Plymouth.—Reúnesse en consejo el ministerio inglés para tratar de la suerte de Napoleon.—Es declarado por los aliados prisionero de guerra y conducido á Torbay.—Exigente su espada.—Su despedida.—Su dolor al saber la capitulacion de Paris.—Se embarca en el *Northumberland*.—Su protesta contra la Inglaterra.—Partida para Santa Elena.

## I.

En adelante los sucesos iban á dominarlo todo, y Fouché iba á gobernar tan solo por los sucesos. En esta misma noche fué nombrado presidente de la comision de gobierno por los votos de Carnot y de Quinette, reunidos al suyo propio que se dió para quitar el ascendiente de la presidencia á Caulaincourt ó á Carnot, cuya fidelidad ó flaqueza por Napoleon temia. Nombró á un hermano de Carnot para el ministerio de lo Interior, para el de Negocios Estrangeros á Mr. Bignon, genio mas erudito que político, y al que era tan fácil halagar como engañar. Pelet de la Lozère, hombre honrado, patriota y conciliador, prenda de moderacion para todos los partidos que era preciso calmar, obtuvo el ministerio de Policia; Boulay de la Meurthe, influencia napoleónica que habia que utilizar y anular á la vez encomendándole un puesto poco político, el de Justicia; y el mando en jefe de la guardia nacional se dió á Massena que acababa de manifestar su independenciam en la Cámara de los pares, y

cuyo nombre se enaltecia por su immaculada gloria militar.

Empleóse el resto de la noche por la comision de gobierno y los ministros en la mas grande concentracion posible de los restos del ejército alrededor de Paris á fin de dar tiempo y una base militar á las negociaciones que se iban á entablar. Para un talento tan perspicaz y generalizador como el de Fouché, no eran en realidad estas negociaciones, mas que un tributo rendido á las apariencias y á las susceptibilidades del pais. Demasiado se le alcanzaba que no se negocia mas que entre fuerzas iguales ¿pero dónde estaban las fuerzas? Aniquiladas de un solo golpe en Waterloo. Los agentes confidentiales de Fouché pululaban ya en la corte de Luis XVIII y en el cuartel general de Wellington. Dar á entender al rey que iba á sonar para él la hora de volver; convencer á Wellington de que solo él podia abrir para el rey y los aliados las puertas de Paris sin nueva efusion de sangre; persuadir á Mr. de Talleyrand, y por su medio al gabinete del rey, que él solo tambien podia pacificar la Francia; adormecer las Cámaras, fascinar, engañar ó avasallar á la comision de gobierno; despedir al emperador, y, en fin, presentar por su propia mano, mano regicida, el pueblo al rey y el rey al pueblo; tal fué desde este primer día el objeto á que se dirigieron los actos todos, públicos ó secretos de Fouché. Nunca ministro alguno emprendió tarea mas árdua y peligrosa ni la llevó á término con mas audacia y habilidad. Fouché contaba con la mediania de las inteligencias y ductilidad de caracteres que le rodeaban, y al propio tiempo con la impaciente ambicion de réinar, por cuyo impulso se amoldaba Gante á su voluntad. Y no se engañó al confiar, aun escesivamente, en la nulidad de unos, el servilismo de otros y el ansia de una corte, desterrada, por subir al trono. Sirviéronle todos los vicios y todas las ambiciones, porque para utilizarlas habia experimentado



de antemano su influencia sobre los ánimos, teniendo el humillante valor de contar con su auxilio.

## II.

Pero ofreciase una dificultad. Sabiendo al despertar el emperador, apegado al Elíseo, que Grouchy se avanzaba incólume sobre París, y que se reorganizaban fuerzas importantes á las órdenes de Excelmans y otros generales enérgicos entre Paris y Wellington, se arrepentía ya de una abdicacion demasiado precipitada, y fomentaba por medio de sus últimos partidarios una nueva discusion en la Cámara de los representantes. Si se proclamaba la regencia, se abrogaba de nuevo el poder en nombre de su hijo; si se rechazaba reintegraba de nuevo el imperio, alegando la falta de cumplimiento á la condicion que habia impuesto, segun él, á su abdicacion.

Hace, pues, reproducir al abrirse la sesion la proposicion de proclamar á Napoleon II mejor dirigidos los esfuerzos de la cámara. Regnault de Saint Jean d'Angely, Boulay de la Meurthe, Defermon, consejero de Estado, émulos de Fontanes y Cambaceres, estaban seguros de triunfar de la irresolucion de sus colegas. Instruido Fouché de esta tentativa, que podia desconcertar sus planes, vaciló un momento entre combatirla á cara descubierta ó desconcertarla por medio de una aparente indiferencia. Necesario era escoger entre el peligro de una reinstalacion de Napoleon en el trono y al frente del ejército, si la Cámara rehusaba el proclamar á su hijo, y el riesgo mas lejano de romper las negociaciones con las potencias y retardar la vuelta de Luis XVIII, si la Cámara proclamaba de antemano la soberanía de Napoleon II. Dispuesto para ambas eventualidades, se decidió á esperar el giro que al oír á los oradores, tomase la Cámara, vacilante en pró ó en contra de la dinastía de Napoleon.

Manuel, á quien Fouché se habia confiado, se preparaba á apoyar con su acreditada elocuencia, con sus discursos patrióticos y fascinadores, el pensamiento político del hombre que maniobraba por fuera en este conflicto de tantas y tan encontradas opiniones. Jóven, nuevo, con una reputacion naciente y pura, sereno y mesurado para resolver, dotado de gran valor y de un golpe de ojo penetrante, de un patriotismo casi republicano, que le ponía al abrigo de toda sospecha de connivencia con los Borbones, Manuel era en la Cámara mas que un simple orador; era ya el preludio de un hombre de Estado. Aunque al principio de su carrera, gozaba de gran crédito entre sus colegas y de mas aun fuera de la Cámara. Distinguiantle con su amistad especial La Fayette y Sebastiani. Enemigo de Napoleon por el instinto de un alma elevada y libre, habíase unido, no esclavizado, á Fouché y á los liberales cansados de sufrir el yugo, por el deseo de hacer surgir ó la república ó el gobierno constitucional de las ruinas de aquel despotismo militar. Tal era la situacion de la asamblea el 23 de junio al medio dia.

## III.

Habiendo insistido Mr. Dupin, impelido por el afan de facilitar el acomodamiento con los Borbones y dar vado á las negociaciones con los aliados, que su esquisito tacto y el conocimiento de las circunstancias le indicaban como la necesidad y la salvacion comun, en que el nuevo gobierno prestase juramento de fidelidad tan solo á la nacion, fué su mocion la señal de una lucha cuyo éxito, cualquiera que fuese, podia devolver á Napoleon el cetro ó la espada por algunos dias.

Defermon preguntó imperiosamente que quién tenía



carácter para recibir semejante juramento, y que si no había un emperador. «Si, le contesta el partido de los bonapartistas; tenemos emperador; queremos á Napoleon II. Es nuestro soberano por las leyes fundamentales, y á este solo nombre el ejército y la guardia nacional se agruparán en rededor de la patria.—Si, si» insisten de nuevo aumentadas las voces con ese poderoso eco que presta el patriotismo á todas las mociones que llevan el sello de un arrogante desafío al extranjero. Este eco se prolonga y hace estallar al fin en la sala el grito de *viva el emperador!* Teme Beranger que una aclamacion de bravura se tome por una proclamacion meditada de un nuevo imperio, y reclama una noche de reflexion. La cámara, mas serena, aplaude. Indignase Bourlay de la Meurthe de esta indiferencia. «La Francia está perdida, si aparentamos siquiera dudar que el poder ha recaido en el hijo del emperador, esclama, reprochando la desidia de sus colegas. Rodeados de muchos intrigantes, de muchos facciosos fuera de este recinto, prosigue el orador de Napoleon aludiendo á Fouché, á los realistas, á los republicanos y á La Fayette, quisieran hacer declarar vacante el trono para instalar en él á los Borbones, La Francia seria otra Polonia; los extranjeros se repartirian sus girones. Existe una faccion orleanista.» Oyense murmullos de incredulidad, y Boulay continúa: «Si; me consta que esta faccion existe, y que obra de acuerdo con los republicanos. Si el duque de Orleans aceptase el trono, seria para devolversele á Luis XVIII. Precaved esas intrigas, destruid esas maquinaciones, proclamad á Napoleon II emperador de los franceses.»

## IV.

Apláudese á Boulay, y otros oradores de la misma opinion le secundan. Mouton Duvernet, uno de los gene-

rales mas comprometidos en la defeccion del 20 de marzo, se propasa á decir que no habrá francés, que no corra á las armas para servir al jóven emperador. Esta palabra de córte escita el adormecido orgullo de la representacion, y Flaugergues, indignado del servilismo de las espresiones, esclama: «Todos, generales y emperador están al servicio de la nacion.» Regnault de Saint Jean d'Angely repite y amplifica lo dicho por Defermon, y Dupin le sucede en el uso de la palabra.

«Si el mismo Napoleon, dijo con una fuerza de argumentacion que no daba lugar á réplica, hubiera creido poder ser útil á la nacion, ¿hubiese dejado á otro el honor de salvarla abdicando? ¿Cómo esperar de un niño lo que un héroe no espera hacer en nuestro bien por sí mismo?» La fraccion del Eliseo quiere acallar su voz, pero él continúa con grande impasibilidad: «¿Podrá un niño cautivo lo que su padre, libre y soberano, reconoce por su abdicacion no poder ejecutar? ¿Pregúntase que quién pondremos frente al enemigo? Yo os contestaré en el acto.—¡La nacion! La nacion, que precede y sobrevive siempre á sus gobernantes.»

Dupin, cuyo pensamiento flotaba, segun se dice, hácia el duque de Orleans, habia llevado á la Cámara demasiado lejos para lo que acomodaba á Fouché. Este ministro, que hubiera sido favorable algunas semanas antes á este espediente, tenia el buen juicio de reconocerle imposible despues de Waterloo. Esta batalla devolvía inevitablemente el cetro al príncipe y al principio de la legitimidad. La corona, ofrecida al duque de Orleans, hubiera sido un obstáculo mas á la pacificacion de la patria, un desafío sin fuerza á la Europa, una prolongacion de las calamidades públicas. La vana proclamacion de Napoleon II no ofrecia estos inconvenientes, pues no teniendo mas valor que el de una protesta impotente, desarmaba momentáneamente á los bonapartistas y al ejército, y daba espacio para emanciparse con el aleja-



miento del emperador, de la amenaza y las alarmas de su presencia en París. Fouché apresuró este desenlace con el mismo ardor que hubiera empleado la víspera en alejarle, y para ello subió á la tribuna su órgano Manuel.

Fue su discurso largo, razonado, sorteando todas las opiniones con esa aparente justicia que concede á cada partido su parte de honor para obtener en cambio atención y asentimiento. Analizólos sin desalentarlos, segregando ante todo, el partido de los orleanista que Dupin habia hecho presentir. «El peor de los riesgos, dijo al concluir, entre tantas opiniones que nos dividen, es dejar en descubierto y sin defensa á la patria, por nuestras vacilaciones. Pronunciémonos por Napoleon II.» Despues de esta conclusion que entusiasmó al partido bonapartista, leyó el orador un proyecto de declaración en este sentido, pero cuyo ambiguo é indeciso testo se asemejaba mas bien al aplazamiento del reconocimiento de otro gobierno que á la proclamacion del de Napoleon II. Las asambleas esquivan con placer una cuestion extrema por medio de uno de esos giros ó recursos utilizables para todos los partidos. Manuel habia salvado sencillamente el honor de los partidarios obstinados del emperador, consumando en realidad su derrota.

Fouché, vencido en apariencia, triunfó. Obligado el emperador á manifestarse satisfecho, se vió en la necesidad de ceder el puesto al supuesto gobierno de su hijo, alejándose del Eliseo y de París. Ya el representante Duchesne pedía en la tribuna que se le intimase la partida. De todas partes recibia avisos siniestros del peligró que corria prolongando su estancia en el palacio. Ora

fuesen maniobras secretas de la policia de Fouché para intimarle, ó meticoloso celo de sus adictos para preservar su vida, no cesaban de asediarse con la perspectiva de calabozos, raptos, puñales ó venenos, acibarando su ánimo con crueles sospechas.

El Estado no podia en verdad soportar impunemente dos señores, teniendo el enemigo en lo exterior y las facciones en lo interior. El Eliseo estaba desierto. Un veterano solo custodiaba la puerta que podia ser forzada por la mas pequeña conmocion en los partidos. El emperador comprendió la necesidad de abandonar una capital inquieta con su presencia, y que despues de haberle acogido le abandonaba en su aislamiento.

## VI.

Hizo quemar á su presencia por sus ayudantes y secretarios cuantos papeles habia recibido desde el 20 de marzo, y cuyo contenido pudiera servir de base para acusaciones de complicidad en su regreso. Solo reservó su correspondencia familiar.

El 23 al medio dia partió del Eliseo para la Malmaison, mansion donde trascurrieron un dia sus mas hermosos años de poderío, de gloria y de felicidad, llena á la sazón del duelo de su fortuna y de los amargos recuerdos de su primera muger la emperatriz Josefina Beauharnais, que acababa de morir allí. Su hija politica, Hortensia de Beauharnais, á la que habia querido hasta el extremo de ceñirla la corona de Holanda, y de destinar el imperio á su hijo, le habia precedido y le aguardaba en la Malmaison. Esta muger, á la que habia protegido en la infancia y hecho reina, pero á cuya madre repudió, solicitó de Luis XVIII, despues de la primera restauracion, el título de duquesa de Saint-Leu y la facultad



tad de residir en el suelo patrio. Despues habia conspirado para el regreso de Napoleon, sosteniendo el fanatismo del imperio, por ambicion ó por sensibilidad en el ánimo de los oficiales jóvenes que la rodeaban; pero fiel al menos á su desgracia, se dedicaba con abnegacion á endulzar lástristes horas de la separacion, y le ayudaba á descender menos rudamente de la cumbre de los tronos á donde él la llevó en otro tiempo. La madre le habia franqueado el camino de la omnipotencia, la hija le franqueaba el del destierro.

## VII.

Los lugares impregnan el alma de recuerdos. El emperador, á quien sus mas entusiastas y lisongeros biógrafos, sus mas constantes secuaces representan dominado desde Waterloo de una especie de estupor moral atestiguado por tanto descaecimiento, tanta incertidumbre, irresolucion y sobresalto desde el campo de batalla hasta su salida del Eliseo, pareció recuperar en la estancia donde se deslizó su juventud el temple de alma que le era habitual, la fuerza de resolucion y el vigor físico. «No habia aprendido bastante, dice su secretario íntimo é historiador doméstico, á luchar contra la adversidad.» Acogido en la cuna por la prosperidad y llevado en sus alas hasta el pináculo de la humana felicidad, habia estudiado á medias la influencia de los sucesos sobre los grandes hombres, pues le faltaron los castigos y las decepciones.

Entre los muros de la Malmaison hallóse en la morada de su gloria, en el pensil de su recreo, en la soledad y el silencio de su retiro, en el goce de la solicitud y la ternura de una hija adoptiva. Dejó volar su fortuna hácia París á la ventura, impelida por el soplo de Fouché

y de los sucesos sin echar una mirada atrás, y dedicando los primeros dias en su totalidad al olvido de lo presente y á lejanas memorias, su alma se dilató aliviada del peso del mundo y de su propio destino. Asi es el hombre: feliz llevando, y feliz tambien dejando cuando el peso es abrumador. Sus confidentes y Hortensia le hallaron tal como siempre le habian ideado.

## VIII.

Sin embargo, un dia y una noche pasados en aquel lugar tan lleno de sus recuerdos del Consulado, le evocaron el de aquel ejército en que habia sido el héroe, no quiso abandonar la patria sin dirigir por última vez á sus compañeros de armas un adios mas triste y eterno que el de Fontainebleau. El eco de su voz en los campos le era grato aun despues de haber abandonado el mando y el imperio. Encerróse en su gabinete y escribió una proclama para el ejército de París. Pero en esta proclama resaltaba todavía demasiado el acento del emperador y el tono habitual de la soberanía, para que no pareciese á sus confidentes una retractacion de la abdicacion y una amenaza al gobierno y á las Cámaras. Se lo hicieron notar y se vió obligado á reconocerlo. El acto por sí solo pecaba de osado en un hombre que no era mas que un ciudadano sin título y un general sin mando. Podía tolerarse en consideracion á la novedad de la vida privada para un hombre que durante veinte años no habia tenido otra persona á su nivel; mas era preciso que no se agravase por el tono dominador que no convenia al soberano destronado. Modificó dócilmente las espresiones tildadas, y remitió su proclama, así modificada, á los periódicos de París.



«SOLDADOS:

«Cuando cedo á la necesidad que me fuerza á alejarme del valiente ejército francés, me acompaña la lisonjera certidumbre de que justificará los elogios que nuestros mismos enemigos no pueden rehusarle, prestando los eminentes servicios que la patria espera de él.

«Soldados: aunque lejos de vosotros, yo seguiré vuestros pasos. Conocedor de todo el ejército, no habrá cuerpo alguno al que no tribute la debida justicia por el valor que haya desplegado cuando obtenga algun señalado triunfo sobre el enemigo. La calumnia se ha ensañado contra nosotros. Hombres indignos de apreciar vuestras hazañas, han visto en las pruebas de adhesión que me habeis dado, un celo del que yo era el solo y personal objeto; enséñenles vuestros futuros hechos de armas, que al obedecerme servíais ante todo y sobre todo á la patria, y que si alguna parte tengo en vuestro afecto le debo á mi ardiente amor por la Francia, nuestra madre comun. Soldados, algunos esfuerzos mas, y la coalición se disuelve. Napoleon os reconocerá en vuestras operaciones.

«Salvad el honor, la independencia de los franceses sed hasta el fin tales como os he conocido durante veinte años, y sereis invencibles.»

## IX.

Esta proclama estaba en demasiado desacuerdo con las circunstancias para que pudiese producir tambien grande eco en el ejército. Era el lenguaje de la victoria en boca del gefe vencido y abatido. Prometer la disolución de la coalición á costa de algun corto esfuerzo á un

pueblo cuyo ejército sin gefe estaba desorganizado, y cuyo emperador acababa de arrojar su espada y de entregar el cetro á sus enemigos, era una irrisión que solo podia respetarse en el hombre á quien el exceso de la adversidad robaba el genio. El gobierno, á quien trasmitió el Eliseo esta proclama, la recibió con desden y no permitió que se publicase.

El emperador, que preguntó repetidas veces al dia siguiente qué efecto habia producido su proclama y supo por sus ayudantes la indiferencia con que la recibieron Fouché y sus colegas, se vió obligado á devorar en silencio este ultrage. Era la vez primera que aquella voz cuya vibración habia estremecido al mundo no hallaba en París un eco que la repitiera.

## X.

Apenas habia partido el emperador para la Malmaison, cuando Fouché y los miembros de la comision, secundando en esto los deseos de las Cámaras y la opinion pública, nombraron plenipotenciarios encargados de ir á negociar una suspension de hostilidades ó la paz al cuartel general de Wellington y de Blucher. Estos plenipotenciarios fueron hábilmente escogidos entre los hombres importantes de ambas Cámaras que se habian demostrado mas hostiles á Napoleon y á su familia despues de sus reveses, y que al propio tiempo daban en la apariencia mayores garantías de independencia por sus antecedentes y por sus opiniones patrióticas. Eran Sebastiani, diplomático y militar á la vez, adicto mucho tiempo al emperador, á la sazón separado de él, resentido, aliado á la alta aristocracia borbónica por la casa de Coigny por haberse casado con una hija de ella, y demasiado inteligente para dejar de comprender que entre Luis XVIII



y Napoleon no habia mas que quimeras é imposibilidades.

D'Argenson, hombre honrado y patriótico, sin repugnancia contra los Borbones, de los que su elevada cuna le hacia cliente natural, pero bastante independiente de carácter para sacrificar en caso de necesidad su misma cuna á sus opiniones casi radicales; por lo demás, hombre muy fácil de engañar por sus virtudes.

Pontecoulan, corazon honrado, de sereno juicio, alma sin fanatismo y sin preocupaciones, antiguamente partidario de la córte, mas tarde de la revolucion moderada, algun tiempo del imperio, y siempre del honor, norte constante de todas las acciones de su vida, nadie era mas capaz que él de sacar á salvo la dignidad de su patria, aun cediendo á la fuerza de las circunstancias y aceptando una restauracion liberal que no repugnaba á su nombre ni á sus recuerdos.

Laforet, antiguo embajador de la república y de Napoleon, convencido de la necesidad de la paz, y capaz de negociarla establecidas las bases de la negociacion.

La Fayette, en fin, uno de los hombres que mas se habian encarnizado contra Napoleon abatido para impedir que se repusiese, engañado, despues de la caida de éste, en la vaga esperanza que concibiera de erigir sobre sus ruinas una república, cuyo pensamiento aplazaba sin dificultad para otros tiempos; paciente siempre, siempre engañado, espiano en todo momento su hora, y habiendo afectado en esta negociacion ilusoria una especie de papel que, aunque insignificante, no repugnaba á la importancia de su nombre.

Benjamin Constant, amigo de La Fayette y de Sebastiani, desorientado á la vez en la oposicion liberal, á la que habia hecho traicion, y en el favor imperial, que se derrumbaba á sus pies, fué nombrado secretario de este congreso de negociadores, lo cual era para este hombre de tantas caras un medio hábil de aparentar ser-

vir á la vez un resto de la causa napoleónica en la causa de la patria y de la paz. Interpuesto, á los ojos de los patriotas, entre la Francia y el extranjero, surgia asi de las ruinas del 20 de marzo y de Waterloo por medio de una capitulacion en la que al menos apareceria que habia por su parte estipulado en favor de la libertad. Su perspicacia y su inteligencia eran demasiado elevadas para que contemplase bajo otro aspecto este simulacro de negociacion.

Las instrucciones dadas á estos negociadores por la comision de gobierno, se cifraban en que la base de su negociacion habia de ser la integridad del territorio francés, la exclusion de los Borbones, el reconocimiento de Napoleon II. En el caso de que no se consiguiera que los aliados aceptasen estas tres bases, debian los negociadores concentrar todos sus esfuerzos en la obtencion de un armisticio. La primera parte de estas instrucciones no era en realidad mas que una letra muerta destinada únicamente á adormecer por algunos dias lo poco que quedaba de pasion bonapartista en las Cámaras y el pueblo. El armisticio era la única cosa seria. Si no se obtenia, atestiguaria al menos á las Cámaras que Fouché y sus colegas habian concentrado sus esfuerzos para conseguir una negociacion en favor del hijo de Napoleon; si se obtenia, daba á la Francia un apetitivo de la paz, por la que ansiaba demasiado para estar dispuesta á renovar la guerra al espirar las treguas, y daba espacio para que los gérmenes del imperialismo se aniquilasen en París, para que los de restauracion se desarrollasen, y se trabajasen en este sentido los ánimos.

No se engañaba Fouché á sí mismo por esta fingida



esperanza de éxito, que en su mente no cabía respecto á una negociacion imposible; pero engañaba á todos los partidos: al imperialista, al republicano, al liberal u orleanista. Todo hace creer que á escepcion del ministro de Negocios Estrangeros Bignon, y de D'Argenson, hombre fácil de engañar por su mucho candor, los otros negociadores estaban en el secreto y no tendian en realidad mas que á un objeto, al armisticio. Cuanto se ha escrito antes y ahora sobre las supuestas esperanzas que habia en el éxito de esta negociacion, es una ilusion que estos diplomáticos han querido prolongar mas allá de los sucesos para halagar al partido bonapartista ó al orleanista en Francia. La verdad histórica está en la voluntad de los aliados y en la de Fouché. Ni los aliados vencedores, ni Fouché vendido por el interés de su ambicion á Luis XVIII, querian otra cosa que la restauracion de la casa de Borbon.

## XII.

Fouché conducía á la vez una negociacion triple: oficial con los aliados, por medio de los negociadores cuya mision acabamos de referir; confidencial con lord Wellington, á quien comprometia á influir sobre la corte de Gante, para obtener las declaraciones mas liberales que fuera posible en favor de la Francia; íntima, en fin, con Luis XVIII, cerca del cual quiso enviar á Mr. de Vitrolles, para compelerle á lanzarse entre su pueblo y los estrangeros. Mr. de Vitrolles, al que hemos visto desempeñar el papel de negociador voluntario y oficioso en 1814 entre los realistas de París y el conde de Artois, habia adquirido cierta importancia por su actividad y su habilidad para insinuarse entre todos los partidos en la corte del conde de Artois. Encargado por el rey, poco antes

del 20 de marzo, de promover en Tolosa la insurreccion contra el emperador, lo iba consiguiendo cuando fué aprehendido por el general Chartrau, conducido á París para ser juzgado y encerrado en Vincennes. Sus relaciones con Caulaincourt y con Fouché, sirvieron para devolverle la libertad, á instancias de su esposa, asi que abdicó el emperador. Fouché le encargó que fuese á invitar á Luis XVIII que precipitase su regreso á Francia, el mismo dia en que nombraba negociadores cerca de las potencias para la espulsion de los Borbones.

«Ya veis, le dijo, que las dificultades de la situacion son supremas. Yo aventuro mi cabeza diariamente hace tres meses por la causa de la Francia, de la paz y del rey. La Cámara acaba de proclamar á Napoleon II, lo cual es un paso hácia los Borbones. Esto era inevitable; pero ese nombre imposible tranquiliza á los hombres sencillos y sistemáticos, que se imaginan, como mi colega Carnot, que la salvacion de la Francia y de la libertad estriba en esa quimera de imperio liberal en manos de un niño prisionero de la Europa. Es necesario dejarles pasar algunos dias con esta ilusion, los que basten para desembarazarnos de Napoleon; Carnot y sus amigos se pagan de palabras vanas, con tal que suenen en sus oidos los nombres de patria y libertad. Despues de este período de los flamantes partidarios de Napoleon II, vendrá el de los partidarios del duque de Orleans. Este príncipe, añadió Fouché, aumentando con intencion á los ojos de Mr. de Vitrolles la importancia de esta faccion, cuenta aqui numerosos adeptos.»

La verdad era que esta faccion, muy escasa á la sazón, solo tenia valor en algunas reuniones de diplomáticos é imperialistas que trataban de conciliar á toda costa su defeccion al imperio con su repugnancia á los Borbones. Asi, pues, no causaba seria inquietud á Fouché; pero le servia para enaltecer el precio de sus servicios al rey, exagerando los obstáculos que se creaba voluntaria-



mente para hacer alarde de vencerlos en pró de la causa real.

Alarmado Mr. de Vitrolles por esta falsa confianza de Fouché, rehusó ir á Gante, para permanecer en París y vigilar en interés de Luis XVIII y del conde de Artois las supuestas intrigas del partido de Orleans. No queria otra cosa Fouché, porque teniendo bastantes intermediarios confidentiales entre él y los principes en Gante, sabia perfectamente que Mr. de Vitrolles no dejaria de hacer valer en su correspondencia con el conde de Artois lo peligroso que era el partido orleanista y el mérito que contrarestándole contraia Fouché. Mr. de Vitrolles solo exigió á este ministro que le respondiese de su libertad y su cabeza si permanecia en París.

«¡Vuestra cabeza! respondió Fouché sonriéndose, ¿cómo podria garantíroslo, cuando yo mismo no estoy seguro de la mia? Lo mas que puedo hacer es prometeros que las dos caerán juntas.» Mr. de Vitrolles, hombre de gran aptitud para la diplomacia secreta y las dobles confianzas, recibió de Fouché numerosos pasaportes para Gante, destinados á sus agentes, y la invitacion de venir á conferenciar todos los días sobre los intereses del rey.

## XIII.

Antes de partir para el cuartel general de los soberanos, fué Benjamin Constant á despedirse del emperador, y habiéndole preguntado qué asilo pensaba escoger en el mundo para acabar sus días lejos del trono, le contestó el emperador con tono de grande indiferencia por su propia suerte: «Aun no estoy decidido; la fuga me repugna; y por otra parte, ¿qué inconveniente puede haber en que permanezca aqui? ¿Qué queréis que hagan los estrangeros de un hombre desarmado? Viviré en este

retiro con algunos amigos que permanecerán adictos, no á mi poder, sino á mi persona.»

Napoleon se complacia en describir esta vida pacífica é indiferente, como si la pasada grandeza no ofreciese con su actual estado contraste notable y fuera cosa llana el descender de la altura del trono á la vulgaridad de la vida privada.

«Si no se me quiere dejar aqui, ¿á dónde exigen que vaya? ¿A Inglaterra? Mi permanencia allí será ridicula ó alarmante, pues aun cuando estuviese tranquilo, lo cual no se creeria, hasta se sospecharia que la niebla me condujese á vuestras costas, se me declararia fuera de la ley, comprometeria á todos mis amigos, y á fuerza de decir: ¡ahí está! ya llega! me darian la tentacion de venir... La América sería mas conveniente, y en su suelo podria vivir con dignidad; pero lo repito, ¿qué tengo que temer permaneciendo aqui? ¿Qué soberano podria perseguirme sin envilecerse? Al uno he devuelto la mitad de sus estados, y ¿cuántas veces el otro me ha estrechado la mano felicitándose de ser el amigo de un grande hombre!... Además, lo pensaré, continuaba; no quiero luchar con la fuerza abierta... Vino á París para combinar nuestros últimos recursos... Se me abandona con la misma facilidad que se me recibió... ¡Pues bien! que borren si es posible esta doble mancha de debilidad y ligereza! Cúbranla al menos con alguna lucha, con alguna gloria! Hágase por la patria lo que no se quiere hacer por mí! Pero no lo espero, añadia con el acento de la incredulidad. Hoy me entregan para salvar la Francia, segun dicen; mañana me entregarán la Francia para salvar sus vidas.»

## XIV.

Felicitándole despues otro interlocutor por la partida de los plenipotenciarios, que iban á presentar á las po-



tencias el reconocimiento de su dinastía como *ultimum* de la Francia: «No, le contestó, los aliados tienen demasiado interés en imponeros á los Borbones para que consientan en coronar á mi hijo. El nombre de los plenipotenciarios desmiente sus instrucciones. La Fayette, Pontecoulan y Sebastiani son enemigos míos, han conspirado contra mí; los enemigos del padre no pueden ser amigos del hijo. Por otra parte, las Cámaras obedecan á Fouché. Si ellas me hubieran dado lo que á él prodigan, yo habria salvado la Francia. Mi sola presencia al frente del ejército hubiera hecho mas que todas vuestras negociaciones.» Olvidaba que él mismo habia abandonado á ese ejército, en el que su presencia, efectivamente, hubiera podido servir aun para combatir ó negociar. «Solo yo, repetía sin cesar, podria repararlo todo; pero vuestros gobernantes preferirian lanzarse en el abismo á salvarse conmigo.»

Estos gobernantes eran sin embargo, todos los hombres del 20 de marzo, sus ministros, sus mariscales, sus lugartenientes, sus partidarios, que habian aventurado con él y por él el último ejército de la Francia. Pero la ambición no se satisface jamás si no se la sacrifica hasta la patria!

La afectacion de que hacia alarde considerándose en perfecta libertad de prolongar su estancia en la Malmaison, tenia evidentemente por objeto el esperar todavía alguna reaccion á su favor. En las conversaciones reservadas con sus confidentes mas íntimos, Caulaincourt y Maret, hablaba ya de retirarse á Inglaterra para reclamar la hospitalidad de un pais libre. Maret le disuadió.

Caulaincourt le aconsejó que, en el caso de adoptar este partido, no perdiese momento para asegurar el éxito, embarcándose en un barco contrabandista para abordar las costas de Inglaterra, y conseguido esto, que se presentase ante el primer magistrado del lugar donde desembarcase para invocar la proteccion que la Inglaterra

otorga á todo extranjero que pisa su suelo. Habiendo oido á ambos volvió á meditar y pareció que se inclinaba á optar por la América. Envio á pedir al ministro de Marina la lista de los buques americanos que habia anclados en nuestros puertos, y se la remitieron.

«Llamo, señor, muy especialmente vuestra atencion, le decia el ministro en la carta que contenia estas noticias, sobre un buque americano estacionado en el Havre; su capitán se halla en mi antecámara, su coche enganchado á mi puerta; va á partir, respondo de él, aguarda vuestras órdenes; mañana, si quereis, estareis en alta mar bajo un pabellon secreto, al abrigo de los ataques de vuestros enemigos.»

Caulaincourt, interesado como miembro del gobierno en librar á la Francia del peligro á que la esponia la presencia de su señor, y comprometido como amigo de Napoleon y por su propio honor á responder de su seguridad, insistió vivamente en que el emperador aprovechase esta ocasion providencial para alejarse. «Sé muy bien, le contestó Napoleon con injusta acritud, que se querria verme ya en camino para desembarazarse de mí y hacerme caer en manos de mis enemigos.» Un gesto de indignacion y reproche que hizo Caulaincourt, dió margen á que el emperador le dijese que no pensaba en él al pronunciar tales palabras. «Y sobre todo, ¿qué tengo que temer? repitió de nuevo á su antiguo ministro, á la Francia cumple el protegerme.»

## XV.

Entretanto las Cámaras instaban para que el gobierno alejase en él la rémora á las negociaciones, el pretexto para la agitacion de Paris, el tribuno todavia peligroso del ejército. Instado á su vez el emperador por el